

tain (1), y debió de haber muchos más si se considera que sólo á los certámenes de la Inmaculada, publicados por Sigüenza y Góngora con el título de *Triunfo Parthénico*, concurren más de cincuenta aspirantes. Á los eruditos del país corresponde la tarea de entresacar de todo ese fárrago lo que pueda tener algún valor relativo, ya como poesía, ya como documento histórico. Para nuestro objeto, la poesía mexicana del siglo xvii

(1) *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional, ó Catálogo y noticias de los literatos que, ó nacidos ó educados ó florecientes en la América Septentrional Española, han dado á luz algún escrito, ó lo han dejado preparado para la prensa. La escribía el Dr. D. José Mariano Beristain de Souza..... Deán de la Metropolitana de México. Año de 1816.* El tercer tomo se publicó en 1821. Comprende, como se ve, todo el periodo colonial, y bajo el nombre de *América Septentrional* incluye también algunos escritores de las Antillas y de la América Central: en todo, más de cuatro mil artículos. Beristain escribía mal, no tenía buen gusto, y describe muy imperfectamente los libros, sin ninguno de los perfiles que ahora se exigen; pero su obra es un estimable tesoro de noticias, porque alcanzó en su integridad los archivos y las bibliotecas de México, y da noticia de infinidad de obras que después se han perdido. La suya es una de las más raras que hay en bibliografía. Por eso ha hecho señaladísimo servicio en reimprimirla el bachiller Fortino Hipólito de Vera, en Amecameca, 1883, siendo sólo de lamentar que la misera calidad del papel y de los tipos no corresponda al mérito de la obra.

Mucho antes que Beristain, había acometido la misma empresa D. Juan José de Eguiara y Eguren, pero no llegó á publicar más que el primer tomo, comprensivo de las tres primeras letras. Este libro, todavía más raro que el de Beristain, se titula *Bibliotheca Mexicana, sive eruditorum historia virorum qui in America Boreali nati vel alibi geniti, in ipsam domicilio aut studiis adsciti, quavis lingua scripto aliquid tradiderunt..... Mexici: nova Typographia in aedibus Authoris editioni ejusdem Bibliothecæ destinata. Anno Domini, 1755.*

Sobre lo mucho que falta y sobra en estas Bibliotecas, véase un discurso de García Icazbalceta en el tomo 1 de las *Memorias de la Academia Mexicana* (páginas 351-370).

Eguiara tiene todos los defectos de Beristain, con más el gravísimo de haber traducido al latín los títulos de los libros castellanos, y esto de un modo tan revesado, que á veces cuesta mucho identificarlos. Los *Anteloquios* de su Biblioteca vienen á ser una historia panegírica de la cultura mexicana, y contienen datos curiosos.

se reduce á un solo nombre, que vale por muchos: el de sor Juana Inés de la Cruz. Es cierto que en una historia detallada no podría prescindirse de algunos versificadores gongorinos que demostraron cierto ingenio, como el jesuita Matías Bocanegra, autor de una *Canción alegórica al desengaño*, que se hizo muy popular y fué glosada por muchos poetas, obra ciertamente no despreciable, así por la fluidez de los versos como por la delicadeza del sentido místico. Vale mucho menos como poeta, y es de los más lóbregos y entenebrecidos de la escuela, un varón de los más ilustres que ha producido México, y cuyo nombre es imposible omitir aquí, no por su *Triunfo Parthénico*, ni por su poema sacro-histórico de la Virgen de Guadalupe, que tituló *Primavera Indiana*, sino por sus escritos en prosa, los cuales bastan y sobran para comprender á qué grado de alta cultura científica habían llegado algunos escritores hispano-americanos de fines del siglo xvii, es decir, de la época más desdeñada y peor reputada, no sólo en la historia de la literatura colonial, sino en la general historia de España. Sigüenza y Góngora, que tiene alguna semejanza con su contemporáneo el peruano Peralta Barnuevo, abarcó en el círculo de sus estudios casi todos los conocimientos humanos, dedicándose con particular asiduidad á las matemáticas, á la filosofía y á la historia. Formó un gran museo de antigüedades mexicanas, hizo especiales estudios sobre el calendario azteca para encontrar una base segura en la cronología de aquellos pueblos, dirigió una expedición hidrográfica en el Seno Mexicano, impugnó las supersticiones astrológicas en su *Manifiesto filosófico contra los cometas* (1681) y en la *Libra astronómica y filosófica*, y, finalmente, en



un libro al cual dió, con la falta de gusto propia de su tiempo, el extravagante título de *El Belerofonte matemático contra la Quimera astrológica*, vulgarizó los más sólidos principios astronómicos, exponiendo la materia de paralajes y refracciones, y la teoría de los movimientos de los cometas, ya según la doctrina de Copérnico, ya según la hipótesis de los vórtices cartesianos. La aparición de tal hombre en los días de Carlos II, basta para honrar á una Universidad y á un país, y prueba que no eran tan espesas las tinieblas de ignorancia en que teníamos envueltas nuestras colonias, ni tan despótico el predominio de la teología en las escuelas que por allá fundamos.

Lo que había realmente era muy mal gusto literario y mucha afición á ridículos esfuerzos de gimnasia intelectual. Un religioso mercenario, Fr. Juan de Valencia, de quien cuentan que se había aprendido de memoria el *Calepino*, escribió una *Teresiada* ó poema latino acerca de Santa Teresa en 350 dísticos *retrógrados*, es decir, que se pueden leer al revés. Otros se dedicaban á hacer centones de las obras de Góngora, sacando los versos de su lugar para componer con ellos nuevos poemas; así lo hizo el licenciado Francisco Ayerra y Santa María, á quien llama D. Carlos de Sigüenza «erudita enciclopedia de las floridas letras». Góngora había pasado á la categoría de clásico, y los poemas de su última y depravada manera se leían y comentaban en las escuelas al igual de los de Homero y Virgilio. Cuenta D. Juan de Vera Tassis, en la biografía de su amigo el ingenioso y malogrado poeta D. Agustín de Salazar y Torres (natural de Almazán, pero educado en México desde los cinco años), que en unos exámenes

públicos, celebrados en el Colegio de la Compañía de Jesús, recitó de memoria las *Soledades* y el *Polifemo*, «comentando los más oscuros lugares, desatando las más intrincadas dudas, y respondiendo á los más sutiles argumentos que le proponían los que muchos años se habían ejercitado en su inteligencia y lectura». Nutrido con tal leche literaria, todavía es de admirar que el buen instinto de Salazar y Torres le salvase alguna que otra vez, como en su linda comedia *El Encanto es la hermosura*, que mereció ser atribuída á Tirso, y en sus versos de donaire, especialmente en el poemita de *Las Estaciones del día*.

Los títulos mismos de los poemas que entonces se escribían arredran desde luego al que se atreve á penetrar en aquellas tinieblas. *Exaltación magnífica de la Betlemítica rosa de la mejor americana Fericó..... Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las Raqueles ovejas del aprisco de Elias Carmelitano*, son títulos de libros del bachiller Pedro Muñoz de Castro. Un portero de la Audiencia de México, Felipe Santoyo, compuso un poema de Santa Isabel, á quien llama en la portada «mística Cibeles de la Iglesia». Hizose célebre un soneto de D. Luis de Sandoval y Zapata á la Virgen de Guadalupe, en metáfora del fénix mitológico, el cual soneto comenzaba:

El astro de los Pájaros espira,  
Aqueella alada eternidad del viento;  
Y entre la exhalación del movimiento  
Victima arde olorosa de la Pyra.....

Este autor había escrito *Panegyrico de la Paciencia*, como previendo la mucha que se necesitaba para leer sus versos. *La Elocuencia del Silencio*, título de un



poema gongorino de principios del siglo XVIII en loor de San Juan Nepomuceno, es la que hubiera convenido á la mayor parte de estos ingenios, comenzando por el propio autor del libro, el abogado de la Real Audiencia de México, D. Miguel de Reina Ceballos.

En tal atmósfera de pedantería y de aberración literaria vivió sor Juana Inés de la Cruz, y por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso. No porque esté libre de mal gusto, que tal prodigio fuera de todo punto increíble, sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varía y caudalosa, aunque no muy selecta, doctrina, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico, no sólo mostraron lo que hubiera podido ser con otra educación y en tiempos mejores, sino que dieron á algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto. Pocas son, á la verdad, las que un gusto severo y escrupuloso puede entresacar de los tres tomos de sus *obras*, y aun éstas mismas no se encuentran exentas de rasgos enfáticos, alambicados ó conceptuosos; pero así y todo, muy interesante volumen podría formarse con dos docenas de poesías líricas, algún auto sacramental como *El Divino Narciso*, la linda comedia de *Los Empeños de una casa*, y la carta al Obispo de Puebla, que sería admirable si se la aligerase de algunos textos y erudiciones extemporáneas. Con esto quedaría en su punto el crédito de la *Décima Musa Mexicana*, y prevalecería el alto juicio que de ella formó el P. Feijóo contra la rigurosa sentencia con que, llevado de su rigorismo clásico, declaró D. Juan Nicasio Gallego (1), que «sus

(1) En el prólogo á las Poesías de la Avellaneda.

obras atestadas de extravagancias yacían en el polvo de las Bibliotecas desde la Restauración del Gusto.

No parece gran elogio para sor Juana declararla superior á todos los poetas del reinado de Carlos II, época ciertamente infelicísima para las letras amenas, aunque no lo fuera tanto, ni con mucho, para otros ramos de nuestra cultura. Pero valga por lo que valga, nadie puede negarle esa palma en lo lírico, así como á Bances Candamo hay que otorgársela entre los dramáticos, y á Solís entre los prosistas. No se juzgue á sor Juana por sus símbolos y jeroglíficos, por su *Neptuno alegórico*, por sus ensaladas y villancicos, por sus versos latinos rimados, por los innumerables rasgos de poesía trivial y casera de que están llenos los romances y décimas con que amenizaba los saraos de los virreyes Marqués de Mancera y Conde de Paredes. Todo esto no es más que un curioso documento para la historia de las costumbres coloniales, y un claro testimonio de como la tiranía del medio ambiente puede llegar á pervertir las naturalezas más privilegiadas.

Porque la de sor Juana lo fué indudablemente, y lo que más interesa en sus obras es el rarísimo fenómeno psicológico que ofrece la persona de su autora. Abundan en nuestra literatura los ejemplos de monjas escritoras, y no sólo en asuntos místicos, sino en otros seculares y profanos: casi contemporánea de sor Juana fué la portuguesa *sor Violante do Ceo*, que en el talento poético la iguala y quizá la aventaja. Pero el ejemplo de curiosidad científica, universal y avasalladora que desde sus primeros años dominó á sor Juana, y la hizo atropellar y vencer hasta el fin de sus días cuantos obstáculos le puso delante la preocupación ó la costumbre,



sin que fuesen parte á entibiarla, ni ajenas reprensiones, ni escrúpulos propios, ni fervores ascéticos, ni disciplinas y cilicios después que entró en religión, ni el tumulto y pompa de la vida mundana que llevó en su juventud, ni la nube de esperanzas y deseos que arrastraba detrás de sí en la corte virreinal de México, ni el amor humano que tan hondamente parece haber sentido, porque hay acentos en sus versos que no pueden venir de imitación literaria, ni el amor divino, único que finalmente bastó á llenar la inmensa capacidad de su alma; es algo tan nuevo, tan anormal y único, que á no tener sus propias confesiones escritas con tal candor y sencillez, parecería hipérbole desmedida de sus panegiristas. Ella es la que nos cuenta que aprendió á leer á los tres años: que á los seis ó siete, cuando oyó decir que había Universidades y Escuelas en que se aprendían las ciencias, importunaba con ruegos á su madre para que la enviase al Estudio de México en hábito de varón: que aprendió el latín casi por sí propia, sin más base que veinte lecciones que recibió del bachiller Martín de Olivas. «Y era tan intenso mi cuidado (añade), que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal ó cual cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar en pena de la rudeza....., que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que eran más apetecible adorno.»

En el palacio de la Virreina, donde fué «desgraciada

por discreta y perseguida por hermosa», sufrió á los diez y siete años examen público de todas facultades ante cuarenta profesores de la Universidad, teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, humanistas, y á todos llenó de asombro. Su celda, en el convento de San Jerónimo, fué una especie de Academia, llena de libros y de instrumentos músicos y matemáticos. Pero tan continua dedicación al estudio no á todos pareció compatible con el recogimiento de la vida claustral, y hubo una prelada «muy santa y muy cándida (son palabras de sor Juana), que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto á no tomar libro: en cuanto á no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer; porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal.»

Fué mujer hermosísima, al decir de sus contemporáneos, y todavía puede colegirse por los retratos que acompañan á algunas de las primeras ediciones de sus obras, aunque tan ruda y toscamente grabados. Fué además mujer vehemente y apasionadísima en sus afectos, y sin necesidad de dar asenso á ridículas invenciones románticas ni forjar novela alguna ofensiva á su decoro, difícil era que con tales condiciones dejase de amar y de ser amada mientras vivió en el siglo. Es cierto que no hay más indicio que sus propios versos, pero éstos hablan con tal elocuencia y con voces tales de pasión sincera y mal correspondida ó torpemente burlada, tanto más penetrantes cuanto más se destacan del fondo de una poesía amanerada y viciosa, que sólo quien no esté



acostumbrado á distinguir el legítimo acento de la emoción lírica, podrá creer que se escribieron por pasatiempo de sociedad ó para expresar afectos ajenos. Aquellos celos son verdaderos celos; verdaderas recriminaciones aquellas recriminaciones. Nunca, y menos en una escuela de gusto tan cespó y enmarañado, han podido simularse los afectos que tan limpia y sencillamente se expresan en las siguientes estrofas:

Mas, ¿cuándo, ¡ay, gloria mía!  
 Mereceré gozar tu luz serena?  
 ¿Cuándo llegará el día  
 Que pongas dulce fin á tanta pena?  
 ¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto.  
 Y de los míos secarás el llanto?  
 ¿Cuándo tu voz sonora  
 Herirá mis oídos delicada,  
 Y el alma que te adora,  
 De inundación de gozos anegada,  
 Á recibirte con amante prisa  
 Saldrá á los ojos desatada en risa?  
 ¿Cuándo tu luz hermosa  
 Revestirá de gloria mis sentidos?  
 ¿Y cuándo yo dichosa  
 Mis suspiros daré por bien perdidos,  
 Teniendo en poco el precio de mi llanto?  
 ¡Qué tanto ha de pesar quien goza tanto!

.....  
 Ven, pues, mi prenda amada,  
 Que ya fallece mi cansada vida  
 De esta ausencia pesada;  
 Ven, pues, que mientras tarda tu venida,  
 Aunque me cueste su verdor enojos,  
 Regaré mi esperanza con mis ojos.

.....  
 Si ves el cielo claro,  
 Tal es la sencillez del alma mía,  
 Y si de azul avaro,  
 De tinieblas se emboza el claro día,  
 Es con su obscuridad y su inclemencia  
 Imagen de mi vida en esta ausencia.

No era, no, vano ensueño de la mente, ni menos alegoría ó sombra de otro amor más alto, que sólo más tarde invadió el alma de la poetisa, aquella *sombra de su bien esquivo*, á la cual quería detener con tan tiernas quejas:

Si al imán de tus gracias atractivo  
 Sirve mi pecho de obediente acero,  
 ¿Para qué me enamoras lisonjero  
 Si has de burlarme luego fugitivo?  
 Mas blasonar no puedes satisfecho  
 De que triunfa de mí tu tiranía;  
 Que aunque dejas burlado el lazo estrecho  
 Que tu forma fantástica ceñía,  
 Poco importa burlar brazos y pecho  
 Si te labra prisión mi fantasía.

Los versos de amor profano de sor Juana son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer. En los de arte mayor pueden encontrarse resabios de afectación; pero en el admirable romance de la *Ausencia*, que más bien pudiera llamarse de la *Despedida*, y en las redondillas en que describe *los efectos del amor*, todo ó casi todo es espontáneo y salido del alma. Por eso acierta tantas veces sor Juana con la expresión feliz, con la expresión única, que es la verdadera piedra de toque de la sinceridad de la poesía afectiva.

No es menor ésta en sus versos místicos, expresión de un estado muy diverso de su ánimo, nacidos sin duda de aquella reacción enérgica que dos años antes de su muerte llegó á su punto más agudo, moviéndola á vender para los pobres su librería de más de cuatro mil volúmenes, sus instrumentos de música y de ciencia, sus joyas y cuanto tenía en su celda, sin reservarse más que «tres libricos de devoción y muchos cilicios y disciplinas», tras de lo cual hizo confesión general que duró



muchos días, escribió y rubricó con su sangre dos Protestas de fe y una *petición causídica* al Tribunal Divino, y comenzó á atormentar sus carnes tan dura y rigurosamente, que sus superiores tuvieron que irle á la mano en el exceso de sus penitencias, porque «Juana Inés (dice el P. Núñez, confesor suyo) no corría en la virtud, sino volaba.» Su muerte fué corona de su vida: murió en una epidemia, asistiendo á sus hermanas.

Lo más bello de sus poesías espirituales se encuentra, á nuestro juicio, en las canciones que intercala en el auto de *El divino Narciso*, llenas de oportunas imitaciones del *Cantar de los cantares* y de otros lugares de la poesía bíblica. Tan bellas son, y tan limpias, por lo general, de afectación y culteranismo, que mucho más parecen del siglo XVI que del XVII, y más de algún discípulo de San Juan de la Cruz y de Fr. Luis de León que de una monja ultramarina cuyos versos se imprimían con el rótulo de *Inundación Castálida*. Tales prodigios obraban en esta humilde religiosa, así como en otras monjas casi contemporáneas suyas (sor Gregoria de Santa Teresa, sor María de Ceo, etc.), la pureza y elevación del sentido espiritual, y un cierto género de tradición literaria sana y de buen gusto, conservada por la lectura de los libros de devoción del siglo anterior. Pero en sor Juana es doblemente de alabar esto, porque á diferencia de otras esposas del Señor, en cuyos oídos rara vez habían resonado los acentos de la poesía profana, y á cuyo sosegado retiro muy difícilmente podía llegar el contagio del mal gusto, ella, por el contrario, vivió siempre en medio de la vida literaria, en comunicación epistolar con doctores y poetas de la Península, de

los más enfáticos y pedantes, y en trato diario con los de México, que todavía exageraban las aberraciones de sus modelos. De fijo que todos ellos admiraban mucho más á sor Juana cuando en su fantasía del *Sueño* se ponía á imitar las *Soledades* de Góngora, resultando más inaccesible que su modelo, ó cuando en el *Neptuno alegórico*, *Océano de colores*, *Simulacro político* apuraba el magín discurriendo emblemas disparatados para los arcos de triunfo con que había de ser festejada la entrada del virrey Conde de Paredes, que cuando en un humilde romance exclamaba con tan luminosa intuición de lo divino:

Para ver los corazones  
No has menester asistirlos,  
Que para ti son patentes  
Las entrañas del abismo.

Así de estos versos sagrados, como de los profanos, ofrecemos en este libro una pequeña selección, abriendo con ellos el Parnaso mexicano, que nada pierde con estar bajo el amparo de tan simpática patrona. Si nuestra colección se extendiera á la poesía dramática, habría que dar entrada también á alguna loa, á algún auto sacramental como el de San Hermenegildo, y sobre todo á una interesante y bizarra imitación que hizo de las comedias de capa y espada de Calderón, con el título de *Los Empeños de una casa*. Aun en otra comedia suya, *Amor es más laberinto*, que es notoriamente inferior á ésta, por defecto del argumento mitológico, por vicio de culteranismo, por mala contextura dramática, y sobre todo por estar afeada con un infelicísimo acto segundo, que no es de la monja sino de su colaborador D. Juan de Guevara, hay algo que elogiar, muy